

## POESÍAS SUELTAS

*Un ruego*

Niña hechicera de esbelto talle  
como la palma que allá en el valle  
su alta cimera nunca abatió,  
de tez de nieve, nácar y rosa  
y tan modesta pura y graciosa  
como mi mente te concibió;

aunque al oírme sientas enojos,  
aunque las tintas de los sonrojos  
al escucharme tiñan tu faz,  
aunque me hieras con tu despecho,  
aunque gigante brote en tu pecho  
de ira y de rabia, chispa fugaz;

he de rogarte, bella Dolores,  
ángel hermoso de mis amores,  
grata esperanza, dulce ilusión,  
que no te pongas tan pronunciado  
y tan torcido y almidonado  
ese demonio de polisón.

*Remember*

Vuelve la vista atrás, y del pasado  
recuerda aquellos días  
en que fundimos al calor de un beso  
tu vida con mi vida.

Aquellas horas de placer y gloria  
y ventura infinita  
de sueños y delirios que forjara  
la loca fantasía.

Todo era entonces expansión y anhelo  
y colores y dichas;  
ondas de luz en cielos de esperanzas,  
perfumes y armonías.

Pasó la aurora del amor, y triste  
pude mirar un día  
que no alentaba del amor la antorcha  
en tus negras pupilas.

Tumba halló en tu egoísmo disfrazado  
la fe del alma mía,  
que desde entonces sollozando surca  
los mares de la vida.

¡Desde entonces, el triste escepticismo  
me hiere y me esclaviza  
y veo en la sombra luz, risa en el llanto  
y mares de placer en la agonía!

*A un idiota*

Ni el dolor ni el placer, herir consiguen  
las fibras de tu alma  
y autónoma feliz, vas por la tierra,  
dormido el corazón, firme la planta.

Tú nunca en la margura has agotado  
el raudal de tus lágrimas;  
ni has sentido subir, en un sollozo,  
deshecho el corazón, a tu garganta.

Tú nunca, en son de reto, has levantado,  
al cielo tus miradas,  
ni en tu labio jamás se ha convertido  
en cínica blasfemia la plegaria.

Tú a aprender no has llegado a ser infame  
en la siniestra cátedra  
donde la torpe realidad vocea,  
que es lo más alto lo que más se arrastra.

Tú no sientes del tedio de la vida  
la insoportable carga;  
ni te revuelves en tremenda crisis  
contra las dudas que el cerebro asaltan.

Tú nunca en el insomnio has presentido  
esa región fantástica  
que es el dintel donde la sombra empieza,  
y la razón su resplandor apaga.

Tú a aplaudir no has llegado lo más torpe  
y lo que más infama;  
tú aún no concibes que aplaudiera Roma  
de un César las sangrientas payasadas.

¡Feliz tú que atraviesas el proscenio  
de la comedia humana,  
sin una tempestad en el cerebro,  
y sin una inquietud dentro del alma!

[...]

*A Dios*

¿Tu omnímodo poder de dónde emana?  
¿Quién tú esencia sacó de lo increado?  
¿Quién ordenó manchar en el pecado  
la altiva frente de la estirpe humana?  
¿Por qué si el hombre por el bien se afana  
lo dejas en la lucha abandonado,  
sin que pueda sondar en su pasado  
ni pueda penetrar en su mañana?  
Si eres todo bondad, luz y consuelo,  
si eres todo justicia y desde el cielo  
todo lo riges y a tu voz lo ordenas,  
¿por qué alfombras con llanto mi camino  
y me haces inferior a mi destino  
y me haces sucumbir y me condenas?

*En mi barrio*

Iluminaba la luna  
el pintoresco escenario;  
un viejo parral cubría  
de verdes hojas el patio,  
donde alegre se apiñaba  
lo más florido del barrio:  
Antonia la *Primorosa*,  
la de más *postín* y garbo  
que han dado a luz los Percheles,  
Juanica la *Prenda*, un pasmo  
de hermosura y gallardía,  
y otras, la *prez* y el encanto  
y el orgullo de mi tierra;  
y además Juan el *Canario*,  
Pepetín el *Charavasca*,  
Antoñico el *Garabato*,  
y la mar de barateros

de los de más ringorrangos,  
todos de cháchara y broma  
y todos calamocanos;  
ellas vestidas con faldas  
de percales arrasados,  
pañolones de Manila,  
crespón o malla, zapatos  
de charol o de calcuta,  
claveles en el peinado,  
la mar de luz en los ojos  
y la sonrisa en los labios;  
y ellos, los hombres *baries*,  
los de más pupila y gancho,  
sobre la frente el sombrero  
cordobés o sevillano,  
sobre las sienes los *tufos*,  
y, por lucir los bordados  
del camisón, sin chaleco;  
larga la chaqueta y amplio  
el pantalón, bien ceñida  
la faja, y de tanto y tanto  
afeitarse, las mejillas  
azules; y acompañados  
todos estos atractivos  
de unas caídas de párpados,  
por necesidad, mortales,  
y del andar más serrano,  
y del jarabe de pico  
más dulce que se ha gustado,  
y de valor por espuertas,  
y de gracia por capachos.

Celebrábanse las nupcias  
de la *Paloma* y el *Gato*;  
por supuesto, ave y felino  
tan sólo en los motes ambos;  
y como los novios eran  
gente de contera y taco,  
se armó la de Dios es Cristo,  
y del mosto más cristiano,  
del que fue dulce deleite  
de los *curdones* de antaño,  
sufrió la bota estallante  
de todos los invitados  
tanto envite, que perdida  
la razón, al poco rato

era capaz el que menos  
de beberse el mar de un trago  
y de mandar de un suspiro  
medio mundo al camposanto.

Cogió Antonio la guitarra,  
adornada con cien lazos  
de colores en el mástil,  
pulsó primero piano  
las cuerdas hasta acordarlas,  
y después, ¡vaya unas manos  
las de Antonio el *Almejero!*  
mientras, sentada a su lado,  
daba comienzo la *Curra*  
a templarse por lo bajo.

— Mutis, y a vivir, señores,  
y el que no haya confesado  
que confiese, pues de gusto  
se va a morir, —dijo el *Chato*,  
un mozo que de narices  
no conservaba ni rastro.

—Cállate tú, y no estornudes,  
narigón, que tan mal rato  
ninguno nos merecemos,  
y ninguno te hemos dado  
motivo,— con voz suave  
le repuso, contemplándolo  
con irónica mirada,  
el *Peine*, un enamorado  
de la *Curra*, mozo imberbe  
de ojos azules y lánguidos,  
talle gentil, boca fresca,  
fino perfil africano,  
y vestido humildemente  
con la ropa del trabajo:  
blusa azul, y pantalones  
de igual color.

— ¿Quién ha hablado?  
dijo entornando los ojos,  
para ver mejor, el *Chato*.

— Un servidor, caballero,  
de todos los hombres mancos,  
y sin *lacha*, y sin calzones,  
y sin pupila, y sin tacto.

— Un biberón a ese niño,  
y ¡a la cuna!

— Lo han dejado  
en donde tú te dejaste  
el conducto del olfato;  
pero, si quieres, iremos  
juntos los dos a buscarlo,  
y te daré compañía  
y algo más.

— Un azotazo  
es lo más que yo pudiera  
darte; pero en ese caso  
necesito una toalla  
y además un lavamano,  
y además un limpiaúñas.

— Creo que estás equivocado;  
si vienes, no te hace falta  
nada de eso, y si un emplasto  
y una quijada de goma,  
y un par de patas de palo,  
y dos muelas del juicio.

— Eso es que tú lo has soñado  
una noche a dormivela,  
después de beberte un vaso  
de lo que dan las nodrizas.

— Tú no tienes más que labio  
y muchos bichos, y muchos  
caramelos.

— Y dos manos  
para tomarte la cara  
y abrirte, si viene al caso,  
un túnel, que ni el del Chorro,  
en mala parte.

— ¡Está claro!  
¡eso es lo que yo decía!  
Mas si eso es verdad, andando,  
que andando se quita el frío.  
Frunció las cejas el *Chato*,  
cerciorose que llevaba  
el hierro al cinto, y gallardo  
salió tras el mozo imberbe,  
de ira convulso. Y en tanto  
que en la calle dirimían  
su contienda a navajazos  
los celosos contrincantes,  
salió la *Curra* cantando,  
fija la mirada ardiente  
en el rostro de un gitano

de ojos grandes, barba hirsuta,  
de pelo negro y rizado  
en bucles sobre la frente,  
rico marsellés de paño  
con los caireles de plata,  
el ceñidor encarnado,  
de pana los pantalones,  
y las polainas de blanco,  
cuero y fino correaje,  
y puesto hacia atrás el ancho  
*pavero* de los mejores  
del antiguo Califato.

Y cantó la cantadora,  
y fue su canto este canto:  
«En toító semos iguales  
¡qué mala sangre tenemos!  
tú a quien te quiere no quieres;  
yo a quien me quiere no quiero».

*En el teatro*

Y penetré en el teatro  
llevando, cual siempre llevo,  
sedienta de amor el alma  
y de luz el pensamiento,  
y te vi... Miré tu frente  
pálida, vi tus cabellos  
desbordar bajo las alas  
amplísimas del sombrero  
parisino en áureos bucles;  
vi el cristal limpio y sereno  
de tus pupilas azules,  
tan azules como el cielo;  
tu tez, en donde se funden  
con el blancor más intenso  
los tonos más purpurinos;  
tus labios, en donde el beso  
debe ser martirio y gloria  
y fiebre y locura y vértigo;  
vi por la crujiente seda  
contorneado tu seno,  
que un desnudo parecía  
de Fidias en mármol negro;  
tus altos hombros de diosa,

tu talle gentil y suelto;  
vi tu pie entre remolinos  
de blondas, pie tan pequeño  
que huellas dejar no puede  
ni turbar puede el silencio;  
la elegante pelerina  
echada sobre el asiento,  
la tersa cinta celeste  
que aprisionaba tu cuello,  
el broche de oro y de perlas  
que fulguraba en tu pecho;  
como un encaje de espumas  
en tus manos vi un pañuelo  
en mi esencia favorita  
impregnado, y vi tal sello  
de supremas distinciones  
en tu escultórico cuerpo,  
que despertaron, mirándote,  
mis insaciables deseos  
de apagar cuanto ilumina,  
de hollar todos los senderos,  
de escalar todas las cumbres,  
de ver todos los misterios,  
de hundirme en todas las olas,  
de entrar en todos los templos  
y de arrojar de sus aras  
todos los dioses... y lleno  
de mortal melancolía  
y profundo desaliento  
me fui, divino imposible  
de mi vida, de ti lejos,  
mas llevándome tu imagen  
clavada en el pensamiento.

*El jacinto*

Vine desde el Oriente, la patria mía,  
donde del sol abrasan los resplandores,  
a los campos de Europa, campos de flores  
que semejan alfombras de pedrería.

A las luces primeras que enciende el día  
otras flores me humillan con sus colores;  
mas yo, cual las violetas, doy mis olores  
casi oculto a los besos que el sol me envía.



Jamás con mis hermanas tuve querellas;  
yo sé que existen flores que son más bellas,  
y a vencer a esas flores jamás aspiro;  
que si tanta belleza Dios me ha negado,  
me llenó de perfumes, y al par me ha dado  
la modestia su espejo, donde me miro.

*En el Paraíso*

Los ojos abrió Adán, resplandecía  
ya en el Oriente el sol, en la pradera  
y en el bosque, celeste primavera  
empapada en perfumes sonreía.

Las flores como suelta pedrería  
el vergel esmaltaban y hechicera  
y arrobadora, a la mujer primera,  
vio el primer hombre al destellar del día.

Y cruzó la serpiente los umbrales  
del Edén y los antes inmortales  
perdieron el Edén que el hombre invoca:  
pero yo más feliz que otros he sido  
y encontrar el Edén he conseguido  
entre tus brazos al besar tu boca.

*En mi barrio II*

Estaba Currito el *Trueno*,  
un mozo de los de *ácana*,  
cabizbajo y pensativo  
en su *cabril* —una sala  
con alcoba del famoso  
corralón de Santa Bárbara,—  
cuando entrando en su aposento  
el *Quiqui* de la *Coracha*,  
tras darle los buenos días  
y sentarse y la petaca  
ofrecerle, así le dice:

— ¡Compadre, valiente cara,  
pos diga usted, que parece  
que está usted jaciendo gárgaras  
de sal y limón!

— De tiros  
que me peguen en las glándulas

u otra parte cualesquiera  
son las que a mí me hacen falta.

—Válgame un *divé*, compadre,  
y cómo está la mañana.

— ¡Cómo quiere usted, don *Quiqui*,  
que esté, cuando tengo el alma  
que de negra mete miedo!

—Pero, ¿qué es lo que le pasa,  
se le ha ensucio la pechera,  
u roto la americana,  
u descompuesto el cordaje,  
y se le ha puesto a usted agria  
la bebía?

—No, compadre,  
que lo que a mí me maltrata  
y me achicharra la sangre  
y el corazón me achicharra  
es una *gachí*, una jembra  
de *órdago*.

— ¿La *Tirana*?

—Cá, no.

— ¿La *Tripicallera*?

—Cá, no.

— ¿Pepa la *calandria*?

—Cá, no.

—Cá, no, ¡caballeros!  
pos diga usted que esa dama  
es un duende.

— ¡No es mal duende!  
Una jembruza que espanta  
de bonita, con dos ojos  
que alumbran más que dos lámparas;  
con un pelito anillao  
que si lo suelta le arrastra  
como si fuera una túnica;  
la boca como la grana,  
la nariz cual la de un cromo,  
con dos palomas de nácar,  
por pecho y una cintura  
más fina que una pestaña;  
con dos pies que nadie sabe,  
mirándolos, con qué anda;  
y, con un metal de voz  
y una...

— Compadre, o se calla  
u me *piro*; no comprende

usté que oyéndolo pasa  
cualquiera el cólera mormo  
y el colorín y la sarna  
y las fiebres tifoideas...

— Pos si la viera usted echaba  
a correr; usted no sabe,  
compadre, cómo las gasta  
esa *gachí* cuando mira  
con mala intención y mala  
sangre, de lo cual le sobra  
pá estibar una fragata,  
y a pesar de ser así  
yo diera por conquistarla  
toas mis cuatro laterales  
y la sangre que canta  
mi querer en tós los pulsos...

— ¿Y ella qué?, ¿cuándo usted pasa  
por su vera, nunca pierde  
los colores de la cara  
ni el compás?

— Na, naíta pierde.

— ¿Pero quién es?

— Un fantasma.

— ¿Y aónde vive?

— ¡Se ha mudao!

— Pos cuando usted se lo calla  
será que callarlo debe.

— Es, compadre, que se trata  
de un imposible.

— ¡Imposible!

A la corta u a la larga  
no hay bajo de las estrellas  
naíta imposible, y no hay plaza,  
compadre, que no se rinda,  
ni torre que no se caiga,  
ni muerto que no se pudra...

Y cuando ya se alejaba  
el *Quiqui*, murmuró el *Trueno*,  
al par que con la mirada  
desde el balcón lo seguía:

— ¡Con que, compadre, no hay plaza  
que no se rinda! Si usted  
viese quién es quien me mata  
ni así me aconsejaría,  
ni así tampoco me hablara!

*Patio andaluz*

Inunda el sol el florido  
patio, y a su luz espléndida  
brillan los ruinosos muros,  
donde las enredaderas  
extienden sus faldellines  
de esmeraldas; las macetas  
de rosas y de claveles  
y malvas de olor que inciensan  
el ambiente cristalino;  
el alto brocal de piedra  
del pozo donde, pendiente  
de la garrucha, gotea  
el cubo; las verdes hojas  
que embellecen de la higuera  
los cien retorcidos brazos  
que con su ramaje prestan  
sombra grata a cuya sombra  
dos rapaces juguetean  
sobre el suelo, sin más galas  
que las que trajeron puestas  
cuando vinieron al mundo;  
en tanto, se despereza  
un gato de piel morisca,  
y un gallo de roja cresta  
y pluma tornasolada  
arrogante cacarea.

Y de la sombra al amparo,  
Dolores, la lavandera,  
sobre el enorme lebrillo  
cumple la triste sentencia  
de «ganarás tu mendrugo  
con tu sudor»; la melena  
riza y luciente, encrespada,  
y entre sus finas guedejas  
un puñado de jazmines;  
la chaquetilla entreabierta,  
dejando ver la garganta  
que ciñe un collar de cuentas  
de vivísimos colores,  
y luciendo la más bella  
faz que cobijan los cielos,  
de tez brillante y morena,  
de ojos lánguidos y grandes

que, cuando miran, que besan  
parece; sus rojos labios  
llenos de aromas y perlas  
y sonrisas; las pestañas  
tan corvas, largas y negras,  
que pintan bajo los párpados  
intensísimas ojeras;  
los dos graciosos hoyuelos  
de sus mejillas, que llenan  
el alma de tentaciones,  
y algo, en fin, que en toda ella  
brilla, y al hombre más cuerdo  
le hace perder la chaveta.

Y al par que sobre el lebrillo  
la ropa moja y restriega,  
Lola canta, y de su canto,  
como el conjuro, penetra  
en el patio Juan el *Piri*,  
el mozo de más bandera  
de los mozos del distrito,  
el que, según dicen, cuenta  
en su historia más *jolgorios*  
y *jollines* y proezas  
que guindas tienen los guindos  
y que las playas arenas;  
mozo de gallardo talle  
y de arrogante presencia;  
a lo truhán el sombrero  
sobre la sien, la chaqueta  
al hombro, los pantalones  
astillando en la cadera  
y en el tobillo y holgados  
a lo largo de la pierna;  
arqueados brodequines  
de becerro, de punteras  
caladas, y en la cintura  
azul ceñidor de seda  
que le invade la bordada  
y blanquísima pechera  
de la camisa, y de gozo  
radiante su faz de enérgicas  
y agitanadas facciones.

Y Juan en el patio entra,  
se detiene ante Dolores  
gallardamente, se echa

atrás el amplio sombrero,  
y con voz dulce y risueña  
le dice:

— Que el cielo guarde  
lo mejor que dio a la tierra,  
quien to lo da y to lo quita.  
—Y a ti también— le contesta  
Dolores llena de gozo; —  
y ¿adónde a estas horas vuela  
el pájaro de mi gusto?  
— ¿Adónde quieres que sea,  
adónde quieres que vaya,  
sino al sol que lo calienta  
y al jardín que lo perfuma  
y al mar en donde navegan  
su corazón toíto entero  
y su alma toíta entera?  
¿Adónde quieres que vaya  
sino en tu busca, morena?

Y mirándose arrobados  
los dos amantes, se sientan  
en sillas que fueron sillas.  
Y en tanto que ellos se entregan  
a las más sabrosas pláticas,  
los rapaces se revuelcan  
entre el gato que dormita  
y el gallo que cacarea.

#### *Triste regreso*

Ya regresa el campesino  
a su rústica morada,  
con el alma dolorida,  
y henchido el pecho de lágrimas.

Todo le niega su ayuda:  
el sol que todo lo abrasa,  
la nube que más se aleja  
mientras más y más la llama;  
los campos donde no brilla  
verdor alguno; la rama  
que abate sus hojas mustias  
como las aves sus alas;  
el surco donde se quema

la simiente; el río que en charcas  
convirtiose; las acequias  
donde ya no bulle el agua,  
ni da sombra el cirolero,  
ni tejen su red las zarzas,  
ni los pájaros gorjean  
sus amores; la montaña  
donde el pastor condolido  
de su rebaño se afana  
en buscar lo que no encuentra;  
las vides sus verdes pámpanas  
y hasta su miel los panales  
y hasta el cielo la esperanza.

Y llega el pobre labriego  
al dintel de su cabaña  
donde la miseria luce  
su faz imponente y trágica;  
y su hogar está apagado,  
la golondrina no canta  
en su nidal; duerme el perro  
en la puerta; todo calla  
cual con silencio de muerte,  
con un silencio que espanta;  
y contempla el campesino  
cómo en torno de su amada,  
de su pobre compañera,  
se agrupan, como en demanda  
ya que no de pan, de besos  
que ella les prodiga en lágrimas  
silenciosas empapados,  
sus rapaces y rapazas,  
que al verle llegar lo miran  
de tal modo, que traspasan  
cual con terribles puñales  
su pecho, con sus miradas:

Y el hombre posa en los cielos  
los ojos y tal retrata  
su faz de horrible martirio,  
que la que de él aguardaba  
consuelos, a consolarle  
conmovida se levanta,  
y solloza el campesino  
y solloza la aldeana  
y sollozan los rapaces  
y sollozan las rapazas.

*En Capuchinos*

Brilla el sol y brilla el cielo  
como de zafir purísimo;  
llenan los campos de aromas  
el ambiente cristalino,  
y por las calles del barrio,  
en bandurrios y en corrillos,  
dan al viento sus *decires*  
las hembras de más tronío  
y los más de pelo en pecho,  
*del bronce*, de *Capuchinos*.

A los mal templados sones  
de un mal templado organillo,  
baila un tropel de muchachas;  
en un taurómaco circo,  
los rapaces, el arroyo  
convierten, y los vecinos,  
a quienes rinden los años,  
en las aceras tendidos,  
o sentados en las puertas  
de los blancos edificios,  
en que rejas y balcones  
son verdes y reducidos  
jardines, en sol se bañan,  
entre el gallo que, cautivo,  
en la nasa cacarea,  
y el perro que, al griterío  
de los rapaces, se asocia  
con su estridente ladrido.

«Niñas, aquí está el florero»,  
grita con acento rítmico  
el florero, que sus flores  
ve trocadas en cintillos  
y en joyas de pedrería  
del sol al beso, y un himno  
entonar todo parece  
a la vida, y al unísono  
suenan requiebros y jácaras,  
y músicas y estallidos,  
y regaños y pregones,  
y vocear de chiquillos,  
y alegres repiqueteos  
de campanas.



Bien vestido,  
bien lavado, bien planchado,  
bien peinado y tan provisto  
de dijés el *calabrote*  
como las manos de anillos;  
el pantalón estallante  
en la cadera y amplísimo  
a lo largo de la pierna  
y ajustado en el tobillo;  
el brodequín, de caladas  
punteras, y tan ceñido  
el marsellés, que semeja  
un jubón; echado el fino  
*pavero* sobre la frente,  
lleno de arrogancia y brío  
y con paso primoroso,  
llega a la *Carrera* el *Niño*  
*del Tulipán* en demanda  
de la *Niña del Chilindro*,  
que en una ventana luce,  
dándole envidia al mismísimo  
sol que reluce, su cara  
y su cuerpo, dos prodigios  
en uno solo engarzados;  
y su crujiente vestido  
de percal; su chaquetilla  
azul, que los incentivos  
arrogantes de su seno  
modela; en dorados rizos  
sobre la pálida frente  
el cabello, en que prendidos  
y abrasados se marchitan  
dos claveles purpurinos,  
y adornadas las orejas,  
tan chicas como granizos,  
con lucientes arracadas  
cordobesas, de oro fino.

Y al llegar frente a la reja  
*el Tulipán*, decidido  
a la reja se aproxima;  
contempla a la del *Chilindro*  
cual si fuera a hipnotizarla;  
da al aire sus dientes nítidos  
en estudiada sonrisa,  
y con dulce y persuasivo  
acento exclama:

— ¡Dios guarde  
a la que eligió el Altísimo  
pa que a mí me dé la muerte  
cien veces con esos pillos,  
con esos dos petroleros,  
con esos dos asesinos  
que le ha puesto a usted en la cara!  
— ¿Y qué le hace usted con el pito  
que no lo toca, so tonto?  
— Tonto, no; loco perdío;  
pero tan loco, ¡so mala!,  
que si pronto no me alivio  
me voy a dir a los *Ángeles*  
con tós los que en aquel sitio  
están por mó de esa cara.  
— ¿Y son muchos?  
— Yo, de fijo,  
no lo sé; más me parece  
que son más de ciento y pico  
de millones y millones  
y millones.  
— ¡Probeticos!  
Creálo usted que me da pena  
y que lo siento muchísimo;  
pero entre tantos millones  
de locos no está mi tipo,  
el tipo que a mí me gusta  
precisamente.  
— ¡Preciso  
que así sea! ¿Y quién es ese  
que a usted le gusta?  
— Un mocito  
que aparece embarsamao;  
un forastero más vivo  
que el azogue, más gracioso  
que toíta España, más listo  
que *Cardona*, más gitano  
que *Heredia*, más rebonito  
que un relicario de plata  
y con más viento que un piso  
cuarto en las *casas de campo*;  
uno que aquí se ha venío  
de no sé donde, diciendo  
que ná más que con un guiño  
mata una tórtola, y como  
tó eso es verdá, pos yo, hijo,

desde que lo vi no duermo,  
y si duermo no espabilo,  
y no como, y cuando como  
me echo a morir; mas de fijo  
que esta noche como y duermo  
como una marmota.

*El Niño,*

con las cejas tan fruncidas  
como el rostro contraído,  
después de haber escuchado  
cuanto *la Niña* le dijo,  
entre humillado y celoso,  
entre iracundo y corrido,  
exclamó:

— ¡Várgame er cielo!,  
y qué suerte que ha tenío  
ese *gachó* qué usted dice;  
pero, en fin, como es mi amigo,  
y ha de alegrarse, me voy,  
señora, a escape a decírselo.  
Y arrojando una mirada,  
que a poder en explosivo  
trocado hubiera, metiose  
las manos en los bolsillos  
del marsellés, cimbró el talle  
escupió por el colmillo  
y se alejó lentamente;  
mientras con gracioso estilo  
y a media voz, en su reja  
cantaba la del *Chilindro*:  
«Se gusta más que le gusto;  
se quiere más que me quiere,  
y los hombres que se gustan,  
no gustan a las mujeres».

